



Confirmaciones ante con la Cruz de los Jóvenes

“Zaqueo, baja enseguida, porque hoy tengo que alojarme en tu casa”.

Zaqueo tenía curiosidad por ver a Jesús; habría oído hablar de él; de su anuncio del reino de Dios y de sus milagros; incluso pudo conocer personalmente al ciego de Jericó, su paisano curado por Jesús. Zaqueo tenía, por su oficio de recaudador de impuestos, una colaboración con la autoridad romana, que le hacía despreciable para los celosos judíos que anhelaban la llegada del nuevo reino de David; era considerado como un pecador público. Tal vez por ello, se sentiría atraído por la fama de Jesús, que se presentaba como enviado a sanar las ovejas descarriadas de Israel.

Pero no es probable que Zaqueo sospechara lo que aquella venida de Jesús a Jericó iba significar para él. ¿Quién era él para que Jesús quisiera hospedarse en su casa? Acostumbrado al desprecio público, ¿cómo iba a pensar que Jesús se arriesgara a quedar mal una vez más ante los oficialmente buenos por buscar su amistad? Pero el amor de Jesús superó de nuevo las barreras. Y el amor de Jesús hacia Zaqueo, el tenerle en consideración e incluso rebajarse a pedirle casa, alimento y amistad, cambió la vida de quien hasta entonces había puesto su corazón en el dinero.

No sabemos qué grado de insatisfacción tenía Zaqueo con su propia vida; no podemos, sin embargo, excluirlo. Para afirmarlo, nos basamos en el contraste que Zaqueo representa en relación con el joven rico, bueno oficialmente y religioso, que aspiraba a la perfección en el cumplimiento de la ley. Este joven tenía interiorizada su bondad fundamental, que consideraba compatible con la posesión de gran riqueza; no tenía conciencia de pecado, ¿por qué iba a convertirse? Así que prefirió su riqueza a la mirada de amor de Jesús y a la invitación a seguirle. En Zaqueo, en cambio, la amistad ofrecida por Jesús tuvo acogida; probablemente sentía necesidad de dar a su vida otro contenido.

El hecho cierto es que con Jesús entró la salvación en casa de Zaqueo. Jesús le cambió el corazón y la vida; Jesús le ganó para la justicia y el amor al prójimo.

Y este Jesús, ¿no podrá cambiar hoy nuestro corazón? ¿No va a ser capaz de traer la salvación a nuestra casa?

Queridos confirmandos, padrinos, padres, familiares y hermanos todos.

Estamos convocados por Dios Padre en esta hermosa Iglesia de San Esteban, en torno a la Cruz gloriosa de su Hijo, para transmitir el don del Espíritu Santo, por el Sacramento de la Confirmación, a este numeroso grupo de jóvenes.



De forma especial debéis sentir os hoy atraídos hacia la Cruz de Jesús vosotros, los jóvenes que vais a ser confirmados por el Espíritu en la fe y el seguimiento de Jesús. Él os recuerda: “Quien quiera ser discípulo mío, que se niegue a sí mismo, cargue con su cruz y me siga” (). Pero no temáis, el mismo Jesús os asegura que su cruz será una carga ligera y las obligaciones de su seguimiento serán suaves, si las asumís con el mismo amor y libertad con que él llevó a cabo la misión recibida del Padre. Más aún, Jesús os asegura que seréis felices llevando su cruz.

Ante el contraste de esta enseñanza con el sentir más general en el ambiente de nuestros días, nos preguntamos: ¿Cómo es posible comprender y vivir esto?

Estamos, queridos confirmandos, metidos de lleno en la paradoja de la cruz de Cristo, que es un escándalo para los judíos y necedad para los griegos, pero que es, para nosotros los creyentes, fuerza de Dios y sabiduría de Dios.

La luz y el amor necesarios para resolver con madurez de fe estas paradojas os serán dadas hoy con el don del Espíritu Santo, que os guiará al conocimiento de la verdad completa de la vida y enseñanza de Jesús.

Con la fortaleza del Espíritu Santo, el Apóstol Pedro anunció el día de Pentecostés que Dios ha resucitado a Jesús de la muerte, le ha constituido Señor y Mesías. A la pregunta, ¿qué tenemos que hacer, hermanos?, responde Pedro: *“Arrepentíos y bautizaos cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo, para que quedén perdonados vuestros pecados. Entonces recibiréis el don del Espíritu Santo. Pues la promesa es para vosotros, para vuestros hijos, e incluso para todos los de lejos a quienes llame el Señor nuestro Dios”* (Hch 2, 38-39).

Esta respuesta de Pedro declara cumplida la promesa anunciada por Dios a través del profeta Ezequiel. Dios ha reunido en Jerusalén a miembros de su pueblo procedentes de muchos países, para derramar sobre ellos el agua del bautismo que los purifica de sus pecados y **les da un corazón nuevo y un espíritu nuevo**. Este hombre nuevo es capaz de cumplir los preceptos de la ley de la primera alianza, es decir, puede amar a Dios y al prójimo, y así será incorporado al nuevo pueblo de Dios. **La misma promesa se cumple hoy en vosotros**, los que vais a ser renovados en vuestro corazón y en vuestro espíritu con el don del Espíritu Santo, que os urge a aspirar a la perfección de los hijos de Dios.

Esta perfección tiene su centro y cima en **el amor cristiano**. Así lo confesó san Pablo, al afirmar: *“Si no tengo amor, nada soy”* (1 Co 13, 2). El mismo apóstol explica el sentido de **la libertad cristiana** como capacidad para vivir según el Espíritu: *“Caminad según el Espíritu y... no toméis la libertad como pretexto para vuestros apetitos desordenados; antes bien, haceos esclavos los unos de los otros por amor* (Gal 5, 16. 13)...). *“Que no reine, pues, el pecado en vuestro cuerpo mortal... Ofreceos más*



bien a Dios... y haced de vuestros miembros instrumentos de salvación al servicio de Dios... bajo la acción de la gracia” (Ro 6, 12-14).

En este contexto de la vida nueva en el Espíritu adquiere su pleno sentido y es perfectamente aplicable hoy a nosotros el breve texto de la segunda carta a los Tesalonicenses: *“Pedimos continuamente a Dios que os considere dignos de vuestra vocación, para que con su fuerza os permita cumplir buenos deseos y la tarea de la fe; para que así Jesús, nuestro Señor, sea glorificado en vosotros, y vosotros en él, según la gracia de nuestro Dios y del Señor Jesucristo” (2 Tes 1, 11-12).*

En este texto nos conviene comprender sobre todo: **¿En que consiste la gloria de Cristo en nosotros? Y ¿que significa nuestra glorificación en Cristo?**

La gloria de Cristo es su condición de Hijo de Dios, igual a Padre, y también la cruz a través de la cual el Padre le ha exaltado y le ha dado un nombre sobre todo nombre. La gloria de Cristo es su obediencia fiel al amor del Padre, que le llevó a entregar libremente su vida por nosotros en la Cruz, es decir, su amor hasta el extremo de dar su vida por sus amigos.

La gloria de Cristo en nosotros es la vida divina que nos regala con el don del Espíritu Santo, es decir, que Cristo viva en nosotros. La gloria de Cristo en nosotros es la vida nueva en el Espíritu como hijos de Dios.

Nuestra gloria en Cristo es alcanzar en comunión con él la perfección y felicidad de nuestra existencia humana: la perfección de nuestro amor, de nuestra libertad y de nuestra esperanza, anhelando únicamente seguirle con fidelidad en esta vida, compartiendo con gozo sus padecimientos, con la certeza de llegar a participar en su gloria eterna.

El Espíritu Santo, que hoy vais a recibir con la unción del Crisma, es quien os hace capaces de llevar a cabo de forma continua y progresiva este fascinante proyecto de vida: que Cristo sea glorificado en nosotros y nosotros en Él.

El Espíritu Santo os irá enseñando a orar como conviene, buscando la voluntad de Dios y la forma de concretarla en vuestra vocación personal. Él os inspirará en la formulación de vuestro proyecto de vida cristiana y renovará en vuestro corazón el amor necesario para seguirlo con fidelidad. Para ello, buscad siempre la relación con Jesús en su Palabra, en sus sacramentos, en particular en la penitencia frecuente y la eucaristía dominical: en ella se os hace Jesús presente y cercano y se os da como alimento para vuestro camino diario. Rogad al Espíritu Santo, Amor del Padre y del Hijo, que os abra siempre los ojos del corazón para reconocer y servir también a Jesús en los pobres y enfermos y en los hermanos que necesitan vuestra ayuda. En vosotros se cumple hoy la promesa de Jesús: *“recibiréis la fuerza del Espíritu Santo... y seréis mis testigos” (Hch 1,8).* Haced realidad este testimonio con vuestra participación en el proceso diocesano de preparación de la Jornada Mundial de la Juventud. Y llevad a la perfección vuestro



Carlos López Hernández

testimonio iniciando una relación de intimidad con Jesús que haga posible la pregunta por vuestra posible vocación al ministerio sacerdotal o a la vida consagrada. Este sería un magnífico don del Señor a su Iglesia en Salamanca, tan necesitada de nuevos sacerdotes y religiosos.

Ante la Cruz de los Jóvenes, ante vuestra cruz, permitidme recordaros este precioso párrafo del Mensaje de Benedicto XVI a los jóvenes: “Queridos amigos, la cruz a menudo nos da miedo, porque parece ser la negación de la vida. En realidad; es lo contrario. Es el "sí" de Dios al hombre, la expresión máxima de su amor y la fuente de donde mana la vida eterna. De hecho, del corazón de Jesús abierto en la cruz ha brotado la vida divina, siempre disponible para quien acepta mirar al Crucificado. Por eso, quiero invitaros a acoger la cruz de Jesús, signo del amor de Dios, como fuente de vida nueva. Sin Cristo, muerto y resucitado, no hay salvación. Sólo Él puede liberar al mundo del mal y hacer crecer el Reino de la justicia, la paz y el amor, al que todos aspiramos.”

Iglesia de San Esteban, 30 de octubre de 2010